

EL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI EN LA VIDA Y LA MISIÓN DE JOHN HENRY NEWMAN*

John Henry Newman ha sido conocido, sobre todo, como el «cardenal Newman», aunque su popularidad no se extiende, todavía, mucho más allá de los países de lengua inglesa. Desde hace dos décadas, a partir de la declaración de la heroicidad de sus virtudes en 1991, se oye hablar cada vez más del «venerable John Henry Newman». Y en los ámbitos académicos y teológicos el nombre de Newman aparece, sin más aditamentos, junto a los de otras figuras señeras del pensamiento cristiano. Pero resulta menos frecuente — incluso constituye un aspecto olvidado por muchos— la consideración de Newman como oratoriano. Sin embargo, su etapa católica —casi exactamente la mitad de su vida— está ligada indisolublemente a su encuentro con la persona de aquel santo florentino y «apóstol de Roma» en el siglo XVI, Felipe Neri, y con su obra, el Oratorio¹. No es exagerado afir-

* Conferencia pronunciada el 21 de febrero de 2001 en el Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca, dentro de los actos organizados por la «Cátedra John Henry Newman» en conmemoración del bicentenario del nacimiento del Vble. John Henry Newman.

¹ La bibliografía más reciente sobre san Felipe Neri en castellano es la siguiente: Meriol Trevor, *San Felipe Neri, apóstol de Roma* (Santander 1986); Paul Türks, C.O., *El Fuego de la Alegría. Felipe Neri* (Alcalá de Guadaíra 1992); Oratorio de Albacete, *San Felipe Neri. La figura, el espí-*

mar que Newman «habría preferido» —prefirió, de hecho— «el Oratorio a sus propias obras, proyectos o posibles recompensas o reconocimientos, aun de la Iglesia, a la que precisamente el Oratorio le ayudó a servir mejor»².

El 21 de febrero de 1968 databa su libro *Newman the Oratorian* el P. Placid Murray, monje benedictino de Glenstal. Como complemento a su estudio «Newman the Priest. Being a Study of the Continuity between his Anglican and his Catholic Ministry», defendido como tesis doctoral en Sant' Anselmo, publicaba los escritos inéditos de Newman sobre el Oratorio³. Estos, completados con su correspondencia —todavía en curso de publicación—, sus escritos autobiográficos y algunos sermones⁴, constituyen la principal puerta de acceso a una vertiente de su personalidad que, desde luego, encierra gran interés para nosotros, los miembros de la Confederación oratoriana, pero que, antes que nada, revisió una importancia central en la vida y la misión del propio Newman.

I

Poco tiempo después de la recepción de Newman en la Iglesia católica, el 9 de octubre de 1845, Nicholas Wiseman, obispo coadjutor para el Distrito Central de Inglaterra, no sólo lo persuadió para que recibiera la ordenación presbiteral, sino que también le sugirió el Oratorio de San Felipe Neri como forma de vida más adecuada para él y para sus compa-

ritu y la obra del fundador del Oratorio (Barcelona 1998; edición en catalán, 2000). Una aproximación interesante la proporciona Paolo Prodi en el art. «Felipe Neri» en *Diccionario de los santos* ed. por C. Leonardi / A. Riccardi / G. Zarri (Madrid 2000), vol. I, pp. 778-784.

² «La vocación oratoriana de Newman», en John Henry Newman, *Pensamientos*, ed. por el Oratorio de Albacete (Barcelona 1995) 126.

³ «Newman's Oratory Papers», en *Newman the Oratorian* (Dublín 1969, Leominster 1980) 130-467. Nuestras referencias a los escritos de Newman están tomadas principalmente de esta obra. Véase también Meriol Trevor, *John Henry Newman. Crónica de un amor a la verdad* (Salamanca 1989), especialmente caps. 5-16.

⁴ Especialmente, «The Mission of St. Philip Neri» (1850), incluido más adelante en *Sermons Preached on Various Occasions* (1857) como

ñeros que le habían seguido en el retiro precedente de Littlemore, en el extrarradio de Oxford. Algún influjo debió de tener en esta propuesta el interés de Wiseman por disponer de un clero cercano y no adscrito a una gran orden, como los jesuitas, pero ciertamente ya años antes, en 1839, había visto en el Oratorio la respuesta más adecuada al proyecto de Hurrell Froude —amigo de Newman y conocido también de Wiseman desde el viaje de aquellos a Italia en 1833— de «volver a las comunidades religiosas... con el fin de hacer revivir el cristianismo en las grandes ciudades».

Newman, que en Littlemore ya había conseguido una antigua versión inglesa de la *Instituta* o Constituciones de la Congregación del Oratorio, empleó un poco más de un año en discernir su opción vocacional. Esta, en primer lugar, debía ser comunitaria: descartaba, por tanto, una dispersión del grupo de Littlemore en el clero diocesano. Aunque Newman nunca tuvo intención de fundar allí un «monasterio anglocatólico», como entonces se dijo, la comunidad que había ido formándose alrededor suyo desde hacía más de tres años adoptó ciertas observancias monásticas como el silencio, los ayunos y la recitación en común del Breviario romano, junto con el estudio y la meditación personal. Pero, sobre todo, él se encontraba unido a aquellos jóvenes, a quienes atraía con fuerza, por su común origen universitario, pues casi todos procedían, como él, de la Universidad de Oxford. De aquí que, según Jean Honoré, compartieran una serie de rasgos característicos: «una cierta reserva de juicio, pudor en cuanto a los sentimientos, un agudo sentido de la cultura, el gusto innato por el humanismo», acompañado por «el respeto hacia las personas y el rechazo de toda coacción»⁵. Este conjunto de bienes —que, en palabras de Newman, conformaban «nuestro carácter, los hábitos de nuestra vida anterior, nuestra manera de pensar»—, debían ser preservados, ya que, sin duda, poseían en sí mismos un valor providencial.

sermón n° 12; existe una traducción casi íntegra en catalán: *Newman. Idees, documents, estudis* 18 (diciembre 1995). Véase también la primera parte de *The Idea of a University* (1852), discurso IX, así como el final de la *Apologia pro Vita Sua* (1864).

⁵ *Itinéraire spirituel de Newman* (París 1963) 162.

Trasladados a la «fortaleza católica» de Oscott, Wiseman les ofreció el colegio, al cual Newman puso el nombre de Maryvale. Su primera idea fue fundar allí una nueva congregación, que llamó «de la Santísima Trinidad» y que estaría dedicada a la reflexión teológica, la predicación y la controversia intelectual, con el objeto de «promover la adoración de los misterios de la fe frente al racionalismo imperante»: en definitiva, de «someter la razón a la fe». Respondía, básicamente, al *contemplata aliis tradere* de la Orden de Predicadores, adaptándolo a los nuevos tiempos, y preveía una reducción al mínimo del oficio coral y una estructura democrática (al igual que el Oratorio)⁶, pero su sede era rural y no urbana (como en Littlemore).

En octubre de 1846 acuden a Roma, al Colegio de *Propaganda fide*, para cursar los estudios eclesiásticos previos a la ordenación, y Newman descarta entonces unirse a las grandes órdenes como los dominicos —que consideraba inclinados al rigorismo— o los jesuitas —excesivamente modelados, según él, por un espíritu de cuerpo que los hacía poco creativos—. Insiste en que su «vida pasada puede proporcionar una especie de esbozo y un punto de partida para el futuro» y confiesa que le disgusta la idea de «abandonar toda propiedad». Entrar en una orden religiosa hubiera supuesto, evidentemente, la desaparición del grupo como tal, la adquisición de nuevos hábitos mentales, la pérdida de la anterior autonomía personal y, en definitiva, una profunda ruptura con el propio pasado.

Una visita al Oratorio romano de la *Chiesa Nuova*, en enero de 1847, hace recordar a Newman los Colegios universitarios ingleses: «los miembros —escribe— conservan sus bienes y habitaciones, hay pocas leyes... y una espléndida biblioteca». La casa, llega a decir Newman, pensando en la experiencia de Littlemore, «es quizá demasiado cómoda»⁷.

⁶ Este rasgo está expresado en la frase «el Oratorio es una república bien ordenada», atribuida a Francesco Maria Tarugi, uno de los primeros discípulos del santo, más tarde arzobispo de Aviñón y cardenal.

⁷ En uno de los primeros escritos dirigidos a su comunidad, Newman lo expresa así: «Lo más parecido que conozco a una Congregación del Oratorio son los Colegios de las universidades anglicanas. Tomad uno de estos Colegios, suprimid la vivienda, la esposa y los hijos del Preboste, reincorporad a éste al cuerpo de residentes y os encontraréis con una Congregación de San Felipe».

Los días 17 al 25 de enero —hoy tan llenos de significado ecuménico— Newman y su fiel amigo Ambrose St. John piden luz para su vocación ante la tumba de san Pedro, a la par estudian las Constituciones y la historia del Oratorio. A principios de febrero la decisión estaba ya tomada: después de recibir la ordenación, serían iniciados en la vida oratoriana por los Padres de la *Chiesa Nuova*, sucesores de los primeros discípulos de san Felipe. «Mis razones fueron de esta guisa —dirá Newman más adelante—: teniendo en cuenta que los gustos de cada uno de nosotros eran muy diferentes, el Oratorio abría un campo de acción más amplio en este sentido que los demás institutos; además, me parecía que se adaptaba mejor que cualquier otro a hombres formados en Oxford y Cambridge». A ello se unirá, en seguida, esta otra razón de peso: el Oratorio —a diferencia tanto de las parroquias como de los monasterios— se concibe como un centro permanente de irradiación espiritual para las grandes ciudades.

Al mismo tiempo, la figura de Felipe Neri, de quien Newman ya tenía alguna noticia como anglicano, se les va haciendo más cercana. «Me recuerda en muchas cosas a Keble —escribía a su hermana Jemima—... Los dos comparten una aversión total hacia la hipocresía, el carácter jovial y casi excéntrico, el tierno amor a los demás y el rigor con ellos mismos...» En ambos casos descubría una rara maravilla: los dones de la naturaleza perfeccionados por la gracia; la santidad como «poesía suprema del corazón». En realidad, el propio Newman poseía rasgos comunes con Felipe: la modestia, el rechazo de la ostentación y el embuste, el sentido del humor, la aversión al ejercicio de la autoridad... Su encuentro con él fue, sin duda, providencial, y profundamente cordial, en el sentido de su famoso lema cardenalicio, *cor ad cor loquitur* —es decir, fue *integral*, abarcando todas las dimensiones de su ser; y no sólo en su *devoción* personal, sino en su *función* institucional de fundador y superior del Oratorio inglés, como señala Murray⁸—.

⁸ *Newman the Oratorian*, cit., p. 107. Louis Cognet, en su ensayo *Newman ou la recherche de la vérité* (París 1967) 187, lo considera «un oratorien profondément convaincu de sa vocation et décidé à en défendre l'intégrité». Y es que ciertamente el Oratorio no fue para él «una solución, como visto desde fuera pudiera parecer, sino una verdadera *vocación*».

El 14 de febrero Newman ya es capaz, en nombre propio y de sus compañeros, de presentar un proyecto del futuro Oratorio inglés al cardenal Franson, prefecto de Propaganda. En el Instituto de san Felipe, dice, «hemos descubierto un camino intermedio entre la vida religiosa de los jesuitas y una vida completamente secular», que «se ajusta perfectamente a lo que necesitábamos». El lugar más adecuado para dar inicio al Oratorio son, sin duda, las ciudades de la zona industrial de Inglaterra, donde el anglicanismo, muy debilitado, ha dejado el paso libre a las Iglesias evangélicas disidentes y a organizaciones obreristas de orientación positivista y atea. Desde allí podría extenderse a otras ciudades industriales, e incluso a Londres, como capital del Imperio británico. En cuanto a las Constituciones del Oratorio (del siglo XVII), deberían ser adaptadas en algunos puntos a las condiciones contemporáneas de Inglaterra. Aquí Newman se refiere con bastante detalle a los ejercicios o reuniones espirituales que dieron origen y nombre al Oratorio y que consisten, fundamentalmente, en la lectura comentada de la Escritura, de la historia de la Iglesia y de otros libros de tema espiritual, acompañada del canto y de la oración en común; como parte de dicho comentario familiar, Newman no olvida la dimensión exhortativa⁹, pero diseña el diálogo sobre la lectura con un carácter expresamente distinto al ideado por san Felipe y recogido en las Constituciones: dicho diálogo podría consistir, según Newman, en una controversia ficticia entre un católico y un no católico, con finalidad apologética; su género sería, por tanto, más intelectual y argumentativo. En ocasiones, incluso, podría ocuparse polémicamente de los temas tratados con intención antirreligiosa en las Escuelas para obreros. Entre los asistentes a las reuniones se irá formando progresivamente una confraternidad seglar (que en la tradición oratoriana recibe el nombre de «Oratorio parvo»). En cuanto a los miembros de la Congregación, dedicarían el resto de su tiempo al estudio y la edición de libros, poseyendo quizá una iglesia propia.

(«La vocación oratoriana de Newman», en John Henry Newman, *Pensamientos*, cit., 126).

⁹ «El fin propio de nuestro Instituto es hablar al corazón», decía Tarugi.

Este documento es importante porque en él se recogen *in nuce* los rasgos principales de la idea oratoriana de Newman: la obra de san Felipe está concebida primordialmente para la formación espiritual de los laicos, a cuyo servicio está la Congregación o comunidad de vida apostólica¹⁰; las circunstancias de los tiempos y los lugares hacen legítima e incluso necesaria la evolución o desarrollo de la tradición primitiva; en este sentido, el elemento intelectual ha de tener una mayor presencia en la Inglaterra del siglo XIX —cada vez más bajo el impacto de la crítica y la técnica modernas— que la que tenía en la Roma del siglo XVI; estratégicamente, debe comenzarse por las zonas industriales más descristianizadas, como Birmingham, en las que Newman veía el futuro de Inglaterra, evitando así, por otro lado, la confrontación proselitista directa con la Iglesia anglicana, a la que considera en este mismo escrito «heredera de la antigüedad, testimonio y casi modelo de la catolicidad». (Los grandes temas newmanianos quedan así puestos de manifiesto: laicado, desarrollo, diálogo con el mundo moderno, actitud ecuménica...). Una semana después de remitir esta carta, el 21 de febrero, a modo de amable regalo de cumpleaños para Newman, el proyecto recibe la aprobación de papa Pío IX.

Durante los meses que siguieron a las ordenaciones, de junio a diciembre, tuvo lugar el período de formación oratoriana en el monasterio romano de Santa Croce, que completaba la convivencia ya iniciada por el grupo. Durante este tiempo, Newman dio muestra, una vez más, de su penetrante y vigorosa inteligencia: tal como lo manifiestan sus anotaciones y escritos, asimiló el espíritu y la tradición oratoriana de un modo mucho más lúcido y completo que sus propios formadores de la Congregación de Roma¹¹. Llevando consigo

¹⁰ Como afirman con precisión las actuales Constituciones de 1989, la Congregación «es el grupo que fue instituido desde el principio para servicio del Oratorio» (nº 5).

¹¹ El encargado de los tirones o candidatos (equivalente al «maestro de novicios» de los religiosos), P. Carlo Rossi, era partidario de una centralización de las Casas oratorianas, que en Italia —y similarmente en España— estaban sufriendo el proceso de *secolarizzazione* por parte del poder civil.

este precioso bagaje, y el Breve pontificio por el que el Oratorio era establecido oficialmente en Inglaterra, este daba comienzo la víspera de la Candelaria de 1847 en Maryvale, de donde sería trasladado a Birmingham justamente un año después.

II

Los escritos que Newman dirige a su comunidad durante este año de 1848 trazan una magnífica panorámica de la vocación oratoriana, que en muchos aspectos no ha sido superada y que es fruto inmediato, pero sorprendentemente maduro, de sus lecturas y reflexiones romanas. A continuación trataré de presentar sus ideas básicas.

Newman comienza comparando la Congregación oratoriana con las demás formas de vida religiosa o apostólica, y muestra en primer lugar su proximidad a los diversos institutos de clérigos regulares surgidos también dentro de las coordinadas espirituales de Trento y la Contrarreforma, especialmente a los jesuitas —que considera paradigmáticos entre todos ellos¹²— y a los teatinos —muy amigos del Oratorio—; con todos el Oratorio comparte la pretensión de suscitar un nuevo tipo de clero, verdaderamente apostólico (reformado). Los oratorianos, al igual que los clérigos regulares, evitan adoptar las observancias típicamente monásticas o conventuales, como el hábito, el coro o determinadas prácticas ascéticas, pero, a diferencia de éstos, no hacen votos¹³ y

¹² La contraposición entre oratorianos y jesuitas —un tanto exagerada en algunos aspectos— es frecuente en estos escritos de Newman, y se refiere tanto al diferente talante de los santos fundadores, como a los «ejercicios espirituales» propios de cada instituto y a la diversa concepción de la vida en comunidad. Las semejanzas se acentúan, por el contrario, en el sermón «The Mission of St. Philip Neri», *cit.* En substancia, san Felipe es para Newman el reformador por excelencia del clero secular en el s. XVI, así como san Ignacio lo es del regular.

¹³ La bula del papa Gregorio XIII por la que se erige canónicamente la Congregación (1575) hace una excepción con el Oratorio al no exigir la profesión de los votos —ni tampoco juramentos ni promesas— que la reforma tridentina había generalizado.

ponen menos énfasis en los elementos institucionales, como las constituciones.

Newman, atendiendo a este último rasgo, y en general a su carácter más sencillo y familiar, se complace en señalar que la Congregación de san Felipe representa en cierto modo un retorno a las primitivas comunidades monásticas fundadas por san Pacomio, san Basilio o san Benito, cada una de las cuales conservaba su propia independencia.

Sin embargo, como hemos dicho, la Congregación del Oratorio excluye expresamente las observancias y prácticas monásticas, algunas de las cuales Newman había adoptado en Littlemore. Se trata, por tanto, de un instituto eminentemente secular, y esta secularidad se explica porque surgió como derivación espontánea de una obra pensada primeramente para los laicos: las reuniones en torno a san Felipe, llamadas «del Oratorio». (Por esta razón se ha dicho con acierto que los laicos constituyen, de manera inversa a lo que sucede con los mendicantes, la «primera orden» del Oratorio). Así pues, Felipe Neri, al prolongar comunitariamente el trato con sus penitentes —al estilo de otras reuniones piadosas de la época—, dio inicio al Oratorio y al cabo de un tiempo, como dice Newman, «se encontró con la Congregación», formada por aquellos discípulos que, por medio del ministerio pastoral y de la vida común, se sentían llamados a servir a los laicos.

¿Por qué no pensó san Felipe en introducir los votos, a la manera de los clérigos regulares? La razón más profunda es, seguramente, la que Newman indica. «La originalidad y el atrevimiento» de san Felipe, dice, consistió en volver a proponer «la forma primitiva del cristianismo»¹⁴, caracterizada por la sencillez y la espontaneidad, en tanto que expresiones pri-

¹⁴ «La preferencia de Newman por el *ethos* del cristianismo primitivo», afirma Murray, «lejos de constituir una deformación de la espiritualidad de san Felipe, imputable a un ex anglicano estudioso de los santos Padres, responde cabalmente al carácter filipense» (*Newman the Oratorian, cit.*, pp. 108-109). Lo mismo había sostenido Honoré, frente a las tesis de Henri Bremond: Newman no «anglicizó» ni «newmanizó» a san Felipe (*Itinéraire spirituel de Newman, cit.*, 167).

vilegiadas del amor cristiano. En efecto, sigue diciendo Newman, «la Congregación se rige por el espíritu libre de san Pablo», por la ley *interior* de la caridad, frente a las leyes y constricciones exteriores¹⁵. La visión newmaniana de Felipe, en cuanto a su espiritualidad, no es tanto la de un santo de la Contrarreforma, sino la de *Vir prisca temporis*¹⁶, «hombre de la antigua edad», y con frecuencia lo compara con Pablo¹⁷. Ciertamente, las cartas paulinas eran muy leídas y estimadas por Felipe, y son también conocidas sus largas horas de oración en las Catacumbas romanas, haciendo memoria de los mártires, así como su aprecio por los santos Padres... Esta es también la concepción del discípulo y sucesor de san Felipe al frente del Oratorio de Roma, Cesare Baronio, primer historiador eclesiástico moderno, que afirma: las reuniones del Oratorio son para él una vuelta a las asambleas apostólicas que san Pablo describe en su primera carta a los de Corinto¹⁸. Y cuando las Constituciones de la Congregación

¹⁵ Este subrayado de la libertad personal en el Espíritu Santo es también puesto de manifiesto por mons. Alfred Baudrillart en su prólogo al libro de Louis Ponnelle y Louis Bordet, *Saint Philippe Neri et la société romaine de son temps* (París 1928): «el espíritu filipense consiste en hacer que cada uno se sienta como en su propia casa, en no coaccionar, en dejar que cada uno, dentro de los límites permisibles, manifieste la originalidad de su pensamiento y de su manera de ser, en complacerse en la diversidad no menos que en la unidad, en respetar escrupulosamente la espontaneidad de las almas». Cit. en el *Itinerario spirituale* aprobado por la Confederación oratoriana en 1994 (Verona 1995), n° 107.

¹⁶ Invocación de la letanía de san Felipe compuesta por Newman e incluida en el volumen póstumo *Meditations and Devotions* (1893).

¹⁷ Véase especialmente el sermón «St. Paul's Gift of Sympathy», predicado en 1857 en la iglesia universitaria de Dublín: «Dejando a un lado las formas en la medida en que era lícito, [san Pablo y san Felipe] han hecho posible que la relación personal (*influence*) substituya a la norma legal (*rule*) y que la caridad ocupe el lugar de la autoridad, atrayendo a las almas merced a los sentimientos regenerados de la propia naturaleza humana». (*Sermons on Various Occasions*, cit., 119-120).

¹⁸ Sobre Baronio y el estilo propio del Oratorio resulta del máximo interés el artículo de Christian Mouchel «Éloquence et méditation dans la première centurie des Annales Ecclésiastiques de Cesar Baronio (1588)», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 1992/1, 81-110. Este trabajo muestra cómo san Felipe y sus discípulos, mediante una «pedagogía de la dulzura» original, se propusieron evitar tanto la dureza protestante como la controversia escolástica y la vanidad renacentista.

excluyen los votos, así como cualquier tipo de juramento o promesa, citan una frase del corpus paulino: «la caridad es el vínculo de la perfección» (Col 3, 14). Sin ningún asomo de duda, la Congregación del Oratorio constituye un instituto o medio de perfección, aunque falten en ella los votos religiosos¹⁹.

Por otro lado, la ausencia de votos remite de manera necesaria —y así lo dice expresamente san Felipe— al segundo gran principio estructural de la Congregación: la autonomía de las Casas. En efecto, si se tratara de un instituto centralizado —como el Oratorio francés, fundado por Pierre de Bérulle en 1611, y que Newman siempre distinguió netamente del Oratorio «italiano» de san Felipe—, la caridad no sería suficiente para mantenerlo unido. Se puede prescindir de los votos, pues, porque se trata de una comunidad reducida, familiar, único ámbito en la cual se hace posible la caridad no reglada: «Doce presbíteros trabajando juntos, he aquí lo que ambiciono. No se puede amar a muchos a la vez; propiamente hablando, no se pueden tener muchos amigos. Un Oratorio es una familia y un hogar», dirá Newman en 1878.

De aquí se derivan varias consecuencias. En primer lugar, las Constituciones o leyes propias son pocas, las indispensables para mantener unida la Congregación, y consisten sobre todo en una recopilación de costumbres y decisiones de la comunidad²⁰. No son previas y constitutivas del

¹⁹ Para Newman el Oratorio «es, en substancia, aunque no en la forma, una religión»: de hecho, aunque en el prefacio de la *Instituta* o antiguas Constituciones (1612) se afirma solemnemente que la Congregación constituye un género de vida «muy distinto al de los religiosos», san Felipe no dejaba de exhortar a sus hijos espirituales a que imitaran a los religiosos, no en los votos, pero sí en la perfección.

²⁰ La *Instituta* comienza, precisamente, con estas palabras: «La Congregación del Oratorio, más bien instruida mediante costumbres que obligada mediante leyes por san Felipe Neri, no ha tenido una regla propia a la manera de los religiosos (...)» Dentro de las Constituciones, Newman distinguió entre *costumbres* o tradiciones del Oratorio de Roma, con valor ejemplar (orientativo), y *decretos* obligatorios (cuya modificación parcial obtuvo de la Santa Sede en 1847, principalmente para hacer posible la labor educacional en el Oratorio inglés).

Instituto, como sucede en las comunidades religiosas, sino posteriores a él. Y así, aunque hayan de ser observadas con toda exactitud, «representan poco para un oratoriano», dice Newman. Y continúa: «Lo que mantiene la armonía común» es más bien «la delicadeza y la solicitud recíproca», «la deferencia y la amabilidad, el aprecio mutuo, el conocimiento del modo de ser de los demás»... En definitiva, la caridad efectiva y afectiva entre los miembros, manifestada en el trato familiar. «Así pues, puede decirse —concluye Newman— que la relación personal (*personal influence*²¹) es para los oratorianos lo que las constituciones son para los jesuitas». Y, en otra ocasión (1854): «una falta contra la caridad en el Oratorio equivale a un acto de desobediencia en las demás congregaciones»²².

Pero la perfección, añade Newman, si bien no requiere necesariamente los votos, no es posible sin la observancia de los consejos, o al menos de algunos de ellos, e implica también algún tipo de mortificación. En cuanto a los consejos, y teniendo en cuenta que en el Oratorio no se profesa el voto de pobreza, y que la castidad va unida de suyo a la vida en común y al celibato eclesiástico, Newman se fija en la obediencia, entendida como «conformidad amorosa y espontánea a la voluntad de la Congregación», «a sus decisiones y a su espíritu»²³. Correlativamente, la mortificación no se refiere en el Oratorio ni al cultivo de la inteligencia, que puede practicarse en toda su extensión, incluyendo los sabe-

²¹ Cf. el sermón anglicano de 1832 titulado «Personal Influence, the Means of Propagating the Truth» (*University Sermons*, 5); traducción castellana de Aureli Boix, C.O., en *La fe y la razón. Sermones universitarios* (Madrid 1993).

²² Como Newman observa con mucho realismo, a los principios de la caridad y la obediencia hay que añadir un tercero, asimismo indispensable para conservar la cohesión comunitaria: se trata de lo que él llama «acuerdo mental» (*intellectual agreement*) o visión compartida sobre el Oratorio y su misión.

²³ «Una comunidad es un todo; tiene un espíritu, una mente, un punto de vista sobre las cosas, una acción; y la obediencia que exige a sus miembros, en la cual consiste su perfección, es aquiescencia, concurrencia en este único espíritu, modo de ver y de actuar, como un acto de leal y respetuosa sumisión» (1856).

res seculares; ni a los afectos humanos, pues es indispensable la amistad entre los miembros; ni siquiera a los bienes materiales, como la propia habitación o la casa común (llamada «nido», en el sentido de hogar familiar y entrañable, en el lenguaje oratoriano). Se trata, por tanto, de algo muy distinto al *contemptus mundi* de la tradición ascética; y se resume en lo que san Felipe llamaba «mortificar la *razionale*» (el alma racional), esto es, en renunciar a la propia voluntad para acomodarse a la «*santa comunità*». Se trata de ser libres, pero no independientes²⁴: solidarios, más bien, en la responsabilidad común, con todo lo que ello comporta. Pues, como decían los primeros oratorianos, *vita communis, mortificatio maxima*.

III

Tropezamos aquí con un problema crucial que condicionó el desarrollo ulterior del Oratorio inglés. Recién llegado Newman a Inglaterra en 1847 se unió al Oratorio otro convertido del anglicanismo, Frederick William Faber, trece años más joven que él, junto con un grupo de seguidores, a quienes había reunido en un proyecto de comunidad religiosa, los «Hermanos de la Voluntad de Dios», de inspiración romántica y medievalizante. Faber, dotado sin duda de un talante sensible y poético, pero emocionalmente poco equilibrado, nunca compartió las ideas de Newman²⁵, y poco a poco fue separándose de él. Se hizo cargo de un nuevo Oratorio fundado en Londres en 1849, que convirtió en baluarte de las ideas ultramontanas, entonces en boga. Cuando Newman estaba ocupado, por encargo de la Santa Sede, en la fundación de la Universidad Católica de Dublín, a donde iba y venía desde su comunidad del Oratorio de

²⁴ «La vocación oratoriana de Newman», en John Henry Newman, *Pensamientos*, cit., 130.

²⁵ Faber entendió su misión propia como «una cruzada contra la detestable y diabólica herejía del protestantismo» (Jean Honoré, *Itinéraire spirituel de Newman*, cit., 178). No hace falta decir hasta qué punto Newman se encontraba alejado de esta posición.

Birmingham, surgió una penosa desavenencia entre las dos Casas a propósito de la interpretación de una norma de las Constituciones, que obligó a Newman a abandonar el proyecto de Dublín —no su «idea de universidad»²⁶—, y acabó en ruptura entre Birmingham y Londres, haciendo inviable la pretensión de Newman de «sembrar Inglaterra de Oratorios».

Era un problema en buena parte de relaciones personales, pero también latía en él una controversia sobre ideas, que afectaba tanto a la concepción del catolicismo como a la del Oratorio. En el fondo, se trataba de establecer la relación correcta entre «mundo» y «vida espiritual». Para Faber y los oratorianos de Londres, la mortificación de la *razionale* significaba la proscripción de la actividad intelectual en el Oratorio: san Felipe no había sido un hombre de letras, un humanista, y Newman, por tanto, no le era fiel. Este, sin embargo, alega una nómina impresionante de oratorianos que han sobresalido en muy diversas ramas del saber: historia de la Iglesia y arqueología cristiana, pero también arte, música, literatura, matemáticas... aunque evitando casi siempre ocuparse directamente del dogma y la controversia teológica. Para Newman, ello se explicaba en buena parte porque, no existiendo en el Oratorio voto de pobreza, sus miembros eran por lo general «caballeros» (*gentlemen*), personas distinguidas que, por el hecho de serlo, habían podido acceder a una educación superior: en el Oratorio «la clase elevada y culta es la que da el tono». Ello, además, comporta una gran ventaja de cara a la vida común: la amplitud de horizontes, incluso «las buenas maneras» (*gentlemanlikeness*), que proporciona la educación liberal o universitaria lubrican la convivencia familiar en el Oratorio, haciendo más difícil que arraiguen hábitos negativos como la tosquedad en el trato o la rigidez de puntos de vista. La conocida insisten-

²⁶ En la década de 1860 Newman continuó sosteniendo la necesidad de una educación superior para los católicos que fuera realmente, y no sólo nominalmente, universitaria —de aquí su propósito de fundar un Oratorio en Oxford—. Por otra parte, ya desde sus años de *tutor* en el Oriel College de Oxford, entendió la labor *académica* como intrínsecamente *pastoral*: «Secular education considered as a pastoral care was his true field, and this for his whole life». (P. Murray, *Newman the Oratorian*, cit., 18).

cia de san Felipe en la humildad, incluyendo las célebres humillaciones a que sometía a los suyos, se explican precisamente porque estos eran personas distinguidas y cultas, que no cambiaron de estado al entrar en la Congregación²⁷.

De todas maneras, la Santa Sede había permitido que el Oratorio inglés se ocupara de temas de controversia en defensa del catolicismo, y que pudiera poseer colegios o escuelas con esta misma finalidad (Newman fundó la *Oratory School* de Birmingham en 1859): para Newman, era esencial «elevar el nivel de los católicos y dotar a sus convicciones de una base firme». Faber, sin embargo, se apoyaba en una expresión del Breve pontificio fundacional, *ordo honestior*, que traducía con poca fortuna el planteamiento de Newman, para legitimar su apostolado «devocional» entre las clases altas, haciendo abstracción del tema educacional²⁸.

Cada vez más, el enfoque global de Newman fue juzgado como «intelectualista», incompatible con el verdadero catolicismo. Resultan conocidas las palabras del cardenal Manning a monseñor Talbot en 1866, según las cuales Newman es considerado la figura más destacada del catolicismo «inglés», pues personifica el «antiguo tono de Oxford — anglicano, patristico, literario— transplantado a la Iglesia (...) un catolicismo mundano». Fueron estos eclesiásticos de «tendencia dura e intolerante» —diría Newman en 1875— los que hicieron fracasar el proyecto de un Oratorio en Oxford²⁹, pero que no pudieron evitar que León XIII lo creara cardenal en 1879, permitiéndole continuar residiendo en su querido «nido» de Birmingham.

* * *

²⁷ Cf. Sir 3, 20: «Cuanto más grande seas, más debes humillarte».

²⁸ Newman fue ciertamente perspicaz al intuir que el futuro social y político de Inglaterra se jugaría en las universidades y en las ciudades industriales, y no en una aristocracia que ya había empezado a decaer. De aquí la importancia que concedía a la educación: «From first to last (...) education has been my line» (*Autobiographical Writings*, 1956, 259).

²⁹ El Oratorio de Oxford ha sido establecido por fin en 1990 —¡cien años después de la muerte de Newman!— y erigido canónicamente en 1993.

Sin duda, san Felipe Neri y el Oratorio ayudaron a John Henry Newman a hacer posible la síntesis entre *piedad y letras* que el humanismo del Renacimiento y su epígono el anglicanismo no supieron lograr, pero que floreció más tarde en el llamado «humanismo devoto» de san Francisco de Sales (fundador, por cierto, del Oratorio de Thonon, en Savoya, y cuya imagen todavía se conserva en la capilla privada de Newman en el Oratorio de Birmingham). Jean Honoré ha destacado la «influencia decisiva» de san Felipe en la espiritualidad de Newman, y llega a hablar a este propósito de una «tercera conversión» (después de la primera, a los quince años, y de la segunda, su entrada en la Iglesia católica)³⁰. Esta tiene lugar, sobre todo, en los años oscuros de su vida de católico, cuando, al contrario de lo que le había sucedido como anglicano, su oración «era apacible», pero su vida «era triste». Como confiesa en sus escritos autobiográficos, ya en sus años anglicanos amaba ser desconocido, tal como san Felipe encarecía a sus discípulos (*amare nesciri*); ahora le pedía también que le enseñara a «despreciar ser despreciado» (*spernere se sperni*), y que sus problemas con las autoridades eclesiásticas no perjudicaran a su Oratorio. Como aquél en Roma, había comenzado por la gente más humilde de Birmingham, rehuyendo toda grandeza mundana. Honoré resume así este proceso: «el Oratorio desarrollará y equilibrará su propia expresión espiritual en la dirección más conforme con su ideal de verdad y de simplicidad evangélica»³¹.

En el siglo XIX, tras la Ilustración, el triunfo político del liberalismo y la revolución industrial, se necesitaba una nueva síntesis, ahora ya entre «devoción» y «razón», que sólo una inteligencia poderosa y una espiritualidad profunda como la de Newman podía acometer, y que casi un siglo más tarde recibiría su confirmación definitiva en el Concilio Vaticano II. Dice el oratoriano francés Louis Bouyer que el Oratorio «nace del encuentro, en san Felipe, entre un alma excepcionalmente interior y una mente excepcionalmente

³⁰ Newman. *La fidélité d'une conscience* (Chambray 1986), 14-16.

³¹ *Itinéraire spirituel de Newman*, cit., 164.

abierta»³². He aquí la vocación a la que se sintió llamado John Henry Newman y a la que respondió con entrega generosa y fidelidad creativa durante el resto de su vida.

AUGUST MONZON I ARAZO, C.O.
Oratorio de Albacete

³² *Un Socrate romain. Saint Philippe Neri* (París 1979), cap. 5; traducción italiana: *La musica di Dio. San Filippo Neri* (Milán 1980), 101.

